

«Permaneced firmes en la fe; amaos los unos á los otros, y no os escandaliceis de nuestros sufrimientos.»

En el *Spoliarum* donde habia sido trasladado Saturo, preparábase para degollar á los Mártires; aquel lugar, como ya hemos dicho, era el destinado para rematar á aquellos á quienes las fieras solo habian herido; sin embargo, para gozar hasta el fin de tan inhumano espectáculo, el pueblo pidió que fuesen todos muertos en medio del anfiteatro. Los Mártires se levantaron al momento, abrazáronse y sellaron su martirio con el santo ósculo de paz, y se dirigieron al Circo, donde recibieron todos el golpe de muerte sin hacer ni un movimiento ni dejar escapar la menor queja. Saturo fué el primero que recibió la inmarcesible palma, segun vision de santa Perpétua, cayendo por fin ésta á los golpes de un desmañado gladiador; ella misma acompañó hasta su garganta la temblorosa mano del verdugo, y le indicó el punto en que debía herir.

Sus gloriosos cuerpos fueron recogidos por los fieles; en el siglo v se hallaban en la catedral de Cartago, y segun refiere san Agustín, su fiesta atraia mayor multitud de gentes para honrar su memoria, que el número de gentiles que la curiosidad atrajo á su martirio. Los nombres de santa Perpétua y de santa Felicia han sido insertados en el cánon de la misa. ¿Qué nombres mas hermosos podia la Iglesia nuestra madre consagrar á la inmortalidad? ¿Qué ejemplos mas edificantes podia proponer á las generaciones cristianas?

Oración.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber elegido testimonios de nuestra fe en todos los estados, en todos los países y en todas las condiciones, á fin de confundir la incredulidad y de ofrecer modelos á todos los cristianos; hacernos la gracia de que imitemos á santa Perpétua y á santa Felicia en caridad y grandeza de alma.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero pensar diariamente en los juicios de Dios.

LECCION XV.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO III).

San Ireneo.—San Ferreol y san Frejus.—Juicio de Dios sobre Septimio Severo.—Persecucion particular bajo Maximino; retrato de este Príncipe.—Juicio de Dios sobre él.—Octava persecucion general, en tiempo de Decio; retrato de este Príncipe; martirio de san Pionio; de san Cirilo y de santa Agueda.—Juicio de Dios sobre Decio.—Novena persecucion general, imperando Valerio; retrato de este Príncipe; martirio de san Lorenzo y de san Cipriano.

Mientras que Cartago recibia la doble gloria del nacimiento de Tertuliano y del martirio de santa Perpétua, Lyon adquiria un nuevo título á la inmortalidad; su obispo san Ireneo sellaba con su sangre la fe que defendiera contra los herejes¹. En Besanzon dos de sus discípulos, Ferreol y Frejus, daban igual testimonio de la verdad evangélica, de la cual fueron los primeros apóstoles en aquella

¹ La obra principal de san Ireneo es un *Tratado contra las herejías*, dirigido especialmente contra los Valentinianos.

En el libro primero, san Ireneo expone las utopias de los Valentinianos acerca de la genealogia de los treinta Eones; estos seres imaginarios eran divinidades inferiores que se decian producidas por el Dios eterno é invisible, llamado *Profundidad*, al cual se daba por esposa la *Idea*.

En el segundo enseña san Ireneo que solo Dios crió el universo, y refuta el sistema de los Eones.

En el tercero se queja de que los herejes, al ser combatidos con la Escritura, eluden su autoridad, pretendiendo que la tradicion estaba por ellos; y de que atacados con la tradicion, la abandonaban apelando á la sola Escritura, siendo así que la Escritura y la tradicion proporcionaban invencibles armas contra sus errores. Lo prueba.

En el cuarto prueba la unidad de Dios, y manifiesta que Jesucristo al abolir los antiguos sacrificios sustituyó á ellos el de su cuerpo y de su sangre, que debe ser ofrecido en todo el mundo, segun la prediccion de Malaquías.

En el quinto habla de nuestra redencion por Jesucristo, y aduce las pruebas de la resurreccion de los cuerpos.

San Epifanio califica á san Ireneo de un hombre muy docto, muy elocuente y dotado de todos los dones del Espíritu Santo. Teodoreto lo considera como la antorcha de las Galias occidentales.

comarca tan fecunda por largo tiempo en nobles virtudes. Su martirio aconteció en el año 210.

Sin embargo, Septimio Severo, como todos los perseguidores, debía contribuir á la mayor gloria de Jesucristo, y ser un monumento de su temible justicia: la mano de Dios le hirió con una mortal enfermedad en medio de sus conquistas; vió á su propio hijo Caracalla atentar á sus días armado con un puñal; y si bien erró el golpe, fué presa Severo de la mas negra tristeza; sintiendo que se acercaba su última hora, exclamó: He sido todo cuanto un hombre puede ser; pero ¿de qué me sirven ahora estos honores¹? Su firmeza de carácter le abandonó, y después de haber pedido un veneno repetidas veces aunque en vano, comió expresá y ávidamente muchos manjares indigestos, que le ocasionaron la muerte en el año 211. Era tal el desórden que en aquel entonces agitaba á la antigua sociedad gentilica, que solo durante el reinado de este Emperador, es decir, en el espacio de catorce años, se formó causa á tres mil personas acusadas de adulterio.

Bajo el imperio de Caracalla hubo tambien algunos Mártires, y lo mismo sucedió bajo el reinado de sus primeros sucesores; y si bien el fuego parecia apagarse, no tardó en encenderse otra vez con nueva violencia. Maximino, que subió al trono en el año 235, levantó una persecucion que duró tres años, dirigida especialmente contra los obispos y presbíteros², pereciendo en aquella horrible tormenta³ el papa san Ponciano.

Para apreciar el número de los Mártires y el horror de los suplicios á que fueron condenados, basta saber que Maximino era un monstruo tan cruel, que los historiadores gentiles le llamaron un Ci-

¹ Omnia fui, et vidi quia nihil expedit.

² Sin duda esta es la causa de que no se cuente entre las persecuciones generales.

³ Créese que un soldado cristiano dió lugar á ella con una accion que causó no poca admiracion. Al ser Maximino proclamado emperador, hizo segun costumbre algunas liberalidades á las tropas, y todos los soldados debian presentarse al Emperador con una corona de laurel en la cabeza; presentóse uno que llevaba descubierta la cabeza y la corona en la mano, y si bien en un principio pasó desapercibido para el tribuno, los murmullos de sus compañeros atraieron la atencion sobre él. El oficial preguntó al soldado por qué no llevaba ceñida su corona. «Porque soy cristiano, contestó el soldado, y mi Religion me prohíbe usar vuestras coronas.» El soldado fué despojado de su traje militar y reducido á prision.

clope, un Busiris, un Falaris, un Tifon; al verle partir para una expedición lejana, Roma y el Senado hicieron rogativas públicas pidiendo al cielo que jamás volviese á la capital aquel detestable tirano. La fama de sus inauditas crueldades se renovaba cada dia; en toda la ciudad no se oía mas que la fúnebre relacion de las ejecuciones que ordenaba: hacia crucificar á unos, encerrar á los otros en los cadáveres de animales muertos recientemente; unos eran lanzados á los leones y á los osos, aquellos espiraban á garrotazos, sin que el monstruo guardase consideracion alguna con el rango ni con el mérito, pues tenia por máxima que el medio de afirmar un trono era cimentarlo con sangre. Jamás pisó la tierra fiera mas cruel¹, y su muerte fué digna de su vida: al saber que el Senado habia nombrado á veinte y dos varones para gobernar la república, concibió tan violenta cólera, que en el acceso de su furor rugia como un animal feroz, y queria romperse la cabeza contra las paredes de su cámara; después de calmar su ira á fuerza de vino, resolvió marchar contra Roma para vengarse, mas sus soldados le asesinaron en el año 238. Su sucesor fué Decio, autor de la octava persecucion general.

«Ha aparecido, dice Lactancio, un monstruo execrable llamado «Decio, para asolar la Iglesia; nuevo Neron, manchó su mano en «la sangre de su bienhechor, apoderóse del trono, y volvió su furor contra los cristianos².» Entre los generosos atletas que sufrieron la muerte por la Religion durante la persecucion de Decio, no hay otro mas ilustre que san Pionio. Este presbítero, gloria de la iglesia de Esmirna, habia heredado el espíritu de san Policarpo, y convirtió á gran número de idólatras haciendo servir para la gloria de Jesucristo el profundo conocimiento que tenia de las verdades de la Religion y el don de la palabra que poseia en grado superior. Sus ejemplos eran igualmente de una eficacia maravillosa, y la palidez de su rostro, que anunciaba la austeridad de su vida, hacia en los corazones una fuerte impresion.

Pionio fué preso el sábado 23 de febrero del año 250, mientras celebraba la fiesta de san Policarpo, con Asclepiades y una mujer cristiana llamada Sabina; la vispera ayunó junto con las dos personas dichas, como se hacia el dia antes de la fiesta de los Mártires, y

¹ Jul. Capitol. *Herodian*. lib. VII y VIII.

² *De Mortib. persecutor*.

tuvo una vision que le hizo comprender que seria preso el dia siguiente. Tan clara fué su vision, que compró tres cadenas, para sí, para Sabina y para Asclepiades, y rodeando con ellas su cuello, hicieron la oracion solemne y tomaron el pan santificado y el agua, es decir, que participaron de la santa Eucaristia, á fin de prepararse para el martirio. Poco despues llegó Polemon, sacerdote, de los ídolos, acompañado de soldados, los cuales se apoderaron de sus personas.

«¿Sabeis, les dijo Polemon, que hay una orden del Emperador que os manda sacrificar á los dioses?»

PIONIO. «Nosotros solo conocemos una orden; la de adorar á Dios.»

POLEMON. «Seguidme, y sabréis si es verdad lo que os he dicho.»

Al atravesar la plaza con la cadena al cuello, el pueblo, que ve en todo un objeto de distraccion y de curiosidad, empezó á seguirles, aumentando de tal modo la multitud, que en breve quedó invadida la plaza; los techos de las casas y templos que la rodeaban se cubrieron de espectadores, y los Mártires se hallaban en medio de este gentío, cuando Polemon les dijo: «Mejor hariais en evitar el suplicio, en someteros, como tantos otros, y en obedecer las órdenes del Principe.» Entonces Pionio, tomando la palabra, demostró á los paganos la vanidad de los ídolos y la divinidad del Cristianismo; su discurso fué muy largo y escuchado con grande atencion, y aun el pueblo quiso trasladarse al teatro á fin de oír mejor las palabras del Mártir; Polemon se opuso á ello, y dijo á Pionio: «Ya que no quieres sacrificar, entra á lo menos en el templo.»

PIONIO. «No conviene á los ídolos que entremos en él.»

POLEMON. «Con qué ¿no hay medio de persuadirte?»

PIONIO. «¡Quisiera Dios que pudiera persuadiros á todos de que os hiciérais cristianos!— Cuárdate de intentarlo, dijeron algunos en tono de burla; no queremos ser quemados vivos.»

PIONIO. «Peor es ser quemados despues de la muerte.»

Despues de estas palabras, observaron los espectadores que Sabina reia; así es que le dijeron con tono amenazador: «¿Por qué te ries?»

SABINA. «Rio, porque Dios lo quiere, porque somos cristianos.»

LOS ESPECTADORES. «No reirás cuando sufras lo que sin duda no quisieras.»

SABINA. «Dios me alentará.»

POLEMON repite á Pionio: «Obedece.»

PIONIO. «Si las órdenes que teneis os mandan persuadir ó castigar, castigad, porque no podréis persuadirnos.»

POLEMON, ofendido por esta contestacion. «Sacrifica.»

PIONIO. «No.»

POLEMON. «Y ¿por qué no?»

PIONIO. «Porque soy cristiano.»

POLEMON. «¿A cuál Dios adoras?»

PIONIO. «Al Dios todopoderoso que crió el cielo y la tierra, que nos hizo á todos, que nos provee con abundancia de todas las cosas, al que conocemos por Jesucristo, su Verbo.»

POLEMON. «Sacrifica al menos al Emperador.»

PIONIO. «No sacrifico á un hombre.»

Polemon empezó entonces á interrogarle judicialmente, mandando escribir todas sus contestaciones por un escribano, quien grababa en cera: «¿Cómo te llamas? le preguntó.»

PIONIO. «Me llamo cristiano.»

POLEMON. «¿De qué Iglesia?»

PIONIO. «De la Iglesia católica.»

Polemon se dirigió en seguida á Sabina; ésta habia cambiado de nombre por consejo de Pionio, por temor de ser reconocida y de caer otra vez en poder de su señora, la que, siendo gentil, quiso, imperando Gordiano, hacerla abandonar su fe, para lo cual la habia cargado de cadenas y relegado á las montañas, donde los hermanos la habian alimentado secretamente.

POLEMON. «¿Cómo te llamas?»

SABINA. «Me llamo Teodota cristiana.»

POLEMON. «¿De qué Iglesia?»

SABINA. «De la Iglesia católica.»

POLEMON. «¿A qué Dios adoras?»

SABINA. «Al Dios todopoderoso que crió el cielo y la tierra, y al cual conocemos por Jesucristo, su Verbo.»

POLEMON dirigiéndose á Asclepiades. «Y tú, ¿cómo te llamas?»

ASCLEPIADES. «Cristiano.»

POLEMON. «¿De qué Iglesia?»

ASCLEPIADES. «De la Iglesia católica.»

POLEMON. «¿A qué Dios adoras?»

ASCLEPIADES. «A Jesucristo.»

POLEMON. «¡Cómo! ¿á otro?»

ASCLEPIADES. «No; es el mismo que acaban da confesar mis hermanos.»

Despues de este interrogatorio fueron los Mártires conducidos á la cárcel; una inmensa multitud llenaba la plaza, y Sabina tuvo que cogerse á los vestidos de Pionio para no ser derribada. Llegados á su calabozo, tomaron la generosa resolucion de no recibir lo que los fieles tenian costumbre de llevar á los confesores, pues Pionio, el santo presbitero, decia: Jamás he sido una carga para nadie, y seguramente que no empezaré ahora. Los carceleros, que estaban acostumbrados á recibir presentes de los que visitaban á los cristianos, irritados porque sus prisioneros no recibian visitas, les encerraron en un oscuro é infecto calabozo, á fin de causarles mayor tormento. Al pisar sus umbrales, los Santos alabaron á Dios y dieron á sus guardas los presentes que era costumbre hacerles; admirado el carcelero quiso volverles á su primera habitacion, mas lo rehusaron diciendo: Alabado sea Dios, aquí estamos bien, y tendremos libertad para meditar y orar noche y dia.

Visitáronles varios gentiles y se esforzaron en persuadir á Pionio; pero todo fué en vano, quedando admirados por la prudencia de sus respuestas. Pocos dias despues Polemon y Teófilo, maestre de caballeria, seguidos de soldados y de gran multitud de pueblo, fueron á buscar á los Mártires; al verles los tres exclamaron en alta voz: Somos cristianos; y llegados al medio de la plaza se sentaron en el suelo por miedo de entrar en el templo de los ídolos; seis soldados levantaron á Pionio, mas éste se resistia con tanta fuerza, que á duras penas pudieron hacerle entrar, aplicándole muchos puntapiés en los costados; finalmente auxiliados de otros compañeros, le cogieron en brazos y lo depusieron frente al altar como á una víctima; ciñéronle algunas coronas para hacerle participar, exteriormente al menos, de la idolatria, mas las arrojó al suelo y las rompió, gritando en union con los demás Mártires: Somos cristianos.

Viendo que nada alcanzaban de ellos, los gentiles condujeron otra vez á la cárcel á los valerosos Confesores, teniendo éstos que sufrir, al pasar, las burlas y atropellos de todo un pueblo.

Transcurridos algunos dias, llegó á Esmirna el procónsul Quintiliano, y habiéndolo mandado que condujesen á Pionio á su pre-

sencia, le dijo: «¿Es cierto que eras el doctor de los cristianos?»

PIONIO. «Les instruia.

QUINTILIANO. «¿En la locura?»

PIONIO. «No, en la piedad.

QUINTILIANO. «¿Qué clase de piedad?»

PIONIO. «La piedad para con el Dios que crió el cielo y la tierra.

QUINTILIANO. «Sacrifica, pues, á nuestros dioses.

PIONIO. «He aprendido á dorar al Dios vivo.

QUINTILIANO. «Nosotros adoramos todos los dioses; el cielo y los que le habitan. ¿Por qué miras al cielo?»

PIONIO. «No miro al cielo, sino á Dios criador del cielo.

QUINTILIANO. «¿Quién lo hizo?»

PIONIO. «No es necesario decírtelo.

QUINTILIANO. «Es necesario que digas que fué Júpiter, con el cual están todos los dioses y diosas. Sacrifica, pues, al rey del cielo y de los dioses.»

Pionio no contestó, y entonces el Procónsul mandó aplicarle al tormento; algunos instantes despues Quintiliano le dijo: «Sacrifica.

PIONIO. «No.

QUINTILIANO. «Sacrifica, yo lo mando.

PIONIO. «No.

QUINTILIANO. «¿Qué loca presuncion te impulsa á la muerte? «Obedece.

PIONIO. «No soy presuntuoso, pero temo sí al Dios eterno.»

El Procónsul viéndole tan firme, deliberó algun tiempo con su Consejo, y luego volviéndose á Pionio, le dijo: «¿Persistes en tu resolucion?»

PIONIO. «Sí.

QUINTILIANO. «¿Quieres que te conceda algun tiempo para pensarlo mejor?»

PIONIO. «No.

QUINTILIANO. «Ya que corres ciego á la muerte, serás quemado vivo.» En seguida llamó al escribano, el cual leyó la siguiente sentencia: «Por sentencia nuestra, condenamos á Pionio, sacrilego, el cual ha confesado ser cristiano, á ser quemado vivo para vengar á los dioses, é infundir temor á los hombres.»

Pionio marchó alegremente y con paso firme al lugar del combate; él mismo se extendió en la hoguera, y alargó sus piés y sus ma-

nos para que se los clavasen; luego que estuvo sujeto, el verdugo le dijo: Ponte sobre ti; cambia de parecer y te quitaré los clavos; á lo que Pionio contestó: Los he sentido muy bien. Eleváronle clavado á un poste, en cuyo alrededor amontonaron gran cantidad de leña; el Mártir cerró los ojos, lo que hizo creer al pueblo que habia muerto; pero no era así, pues oraba; terminada su oracion, abrió los ojos, miró las llamas sonriendo, dijo *amen*, y espiró dulcemente pronunciando estas palabras: Señor, recibid mi alma. Luego que el fuego se hubo extinguido, los fieles que se hallaban presentes encontraron su cuerpo entero y como si rebosase de salud; las orejas blandas, los cabellos flotantes, la barba hermosa y todo el rostro radiante: este prodigio les confirmó en la fe, mientras que los gentiles huyeron espantados y agitados por los remordimientos de su conciencia. Esto sucedió en Esmirna el día 5 de marzo del año 250 de Jesucristo, á las cuatro de la tarde. Asclepiades y Sabina compartieron con él su triunfo.

Si desde el pié de la humeante hoguera donde acaba de espirar el santo Presbítero de Esmirna, dirigimos nuestras miradas hácia la Capadocia, distinguiremos las llamas de otra hoguera que consume una nueva víctima. Acabamos de ver morir á un venerable presbítero, veamos ahora cómo un niño da valerosamente su vida por nuestra fe.

Cirilo, nacido en Cesarea de Capadocia, solo contaba siete años, cuando su padre, adicto en extremo á la idolatría, sabiendo que era cristiano, le arrojó de su casa y le dejó carecer de todo. Llegada la noticia á oídos del gobernador de la ciudad, este magistrado mandó prender al tierno discípulo del Salvador, y empleó toda clase de medios para reducirle á adorar á los falsos dioses; mas así á las promesas como á las amenazas opuso Cirilio una invariable firmeza, hasta que por fin el juez, viéndose vencido, le condenó á ser presa de las llamas. Todos los asistentes derramaban lágrimas, mas el niño les dijo: «No lloreis, antes bien venid á entonar alegres cánticos al rededor de mi hoguera. ¡Oh! ¡si conociéseis la grandeza de «gloria que me espera!» Al decir estas palabras se precipitó en el fuego, y su alma, pura como un Ángel, no tardó en volar al seno del eterno reposo.

Mientras que el demonio era vencido en Asia por un niño, una vírgen conseguia sobre él una señalada victoria en Europa; Agueda, nacida de una ilustre familia, heredera de una fortuna inmensa

y dotada de todas aquellas cualidades que constituyen una mujer perfecta, se habia consagrado á Dios desde sus mas tiernos años. El gobernador de la isla mandó prenderla y entregarla en manos de una mala mujer encargada de corromper su virtud y su fe; él mismo quiso interrogarla, y habiéndole hablado de su nobleza, contestóle la vírgen que la nobleza mas ilustre y la verdadera libertad consisten en ser servidor de Jesucristo. Semejante respuesta irritó al tirano, el cual desplegó contra la Santa una crueldad particular, sin que la violencia de los mas atroces tormentos pudiese hacer mella alguna en su valor. Encerrada en la cárcel, cubierto todo su cuerpo de llagas, dirigió esta oracion al Dios de los Mártires: «Señor Dios mio, desde la cuna me habeis siempre protegido; Vos «fuisteis quien arrancásteis de mi corazon el amor del mundo, y el «que me habeis dado la paciencia necesaria para sufrir; recibid «ahora mi alma en vuestros brazos.» Apenas habia terminado su oracion, cuando el Señor vino á recibir su alma cándida y bella, para reunirla á los coros de las Vírgenes que cantan las alabanzas del Cordero en la Jerusalem celeste. De este modo elegia Dios lo mas débil para triunfar de lo mas fuerte, á fin de hacer brillar su poder con todo su esplendor.

El tirano, en cuyo nombre se cometian tantas crueldades, debia tambien contribuir á la gloria del Dios que ultrajaba. Decio acababa de declarar la guerra á los godos, y sorprendido su ejército por el enemigo, sufrió una espantosa derrota; en su fuga, dirigió su caballo hácia un profundo pantano donde se hundió, sin que jamás se haya podido encontrar su cuerpo. Privado de los honores de la sepultura, desnudo y desollado, como convenia á un enemigo de Dios, fué pasto de las fieras y de las aves de rapiña¹. Su funesta muerte aconteció en octubre del año 251.

La desaparicion de este perseguidor hizo lugar á otro quizás mas cruel aun. Soldado insolente, déspota impío, Valerio, el que decretó la nona persecucion, fué proclamado emperador en el año 253; tambien él se rebeló contra el Cordero dominador del mundo, y derramó á torrentes la sangre cristiana. Impulsado por Macriano, uno de sus ministros, publicó sangrientos edictos contra el Cristianismo, y en su orgullo pensó destruirlo, ignorante como era de la obra del Altísimo. Para devorar mas fácilmente el rebaño atacó primeramen-

¹ Lact. c. 4.